EL ESPECTADOR, V - REGION
16-IV-2004

La muerte de Gómez Rojas

De "Aprendiz de Hombre", de J.S. González Vera

Una noche el telégrafo trajo una noticia para mí: la muerte de José Domingo Gómez Rojas. Escribí media página poco menos que llorando. Lo vi en Santiago quince días antes del asalto e ignoré que estaba preso

Servía un pequeño cargo en la Municipalidad, era estudiante de castellano y derecho, con intermitencias. En el momento de verle, apasionábanle las carreras de caballo. Sus pasiones eran absorbentes y pasajeras. Sabía la ascendencia de corceles famosos y no quería hablar de otra cosa

¿Qué delito lo llevó a la cárcel? Ninguno Pero era anarquista. En la prisión hizo anotaciones que trasuntan su admiración por Gabriel d'Annunzio. Proponíase escribir obras de relieve cuando saliera de allí. A ratos debió sobrevenirle el temor de morir en su celda, porque escribe "No he de morir en vano", o "aquí muere la mitad de los hombres, pero nace la libertad del pueblo". Está incomunicado en el mismo calabozo en que estuvo, años pasados, el ácrata Julio Valiente, y descubre una inscripción hecha por éste: "Estar preso por la libertad del pueblo no es un delito: es una satisfacción".

El magistrado Astorquiza ve fumar al poeta durante una visita a la prisión y le da una bofetada. Enseguida ordena le pongan esposas. Gómez Rojas se desvela, no dispone de libros, come mal, no ve a su madre que adora. Le mojan la celda. Es presa de horribles obsesiones y termina por enajenarse. No obstante, en horas de resplandor, escribe poemas en que habla con su madre o profetiza "el cercano día de la gran libertad sobre la tierra grande". La libertad sigue prófuga de casi de casi todos los lugares conocidos.

Un loco que habita la celda paredaña golpea, sin cesar, el catre, treinta, sesenta horas. Gómez Rojas lleva la cuenta hasta los diez mil golpes, y comienza a sufrir terrores y grita. Le conducen a la Casa de Orates y ahí muere, a las diez y media de la mañana, el veintinueve de septiembre de mil novecientos veinte.

A su entierro acude una masa inmensa. Como siempre, ha sido menester la sangre para despertar la conciencia de la gente.